

sus abiertos enemigos, y causado nuevas inquietudes á los que manifestándose sus amigos no podian menos de mirarle con recelo y con envidia. Recibió en Lisboa felicitaciones del pontífice, de los príncipes de Italia, de la república de Venecia, del emperador, y hasta de Enrique, rey de Francia. No hay necesidad de indicar la poca sinceridad que debió de haber en muchos de estos cumplimientos.

Dueño Felipe II de la península española y de tan inmensos dominios de la otra parte de los mares, que le constituian en la primera potencia marítima del mundo, natural era que pensase en establecer la silla de tan vasto imperio en un gran puerto donde pudiesen abrigarse los bajeles que traian á la madre patria los productos de todos los países de la tierra. Todas estas ventajas se reunian en Lisboa, ciudad populosa á las puertas del Atlántico, situada en la anchurosa boca del rio que de todos los de la península lleva mas caudal de agua al seno de los mares. Estaba, pues, llamada Lisboa á ser la capital de todos los dominios españoles. A estas razones de un interés material, se unian las de la política, tan interesada en la conservacion de un nuevo reino adquirido, y en la fusion con el tiempo de dos naciones llamadas por la naturaleza á no formar mas que una. No sabemos si esta idea ocurrió entonces á Felipe II y á los principales de su Consejo; mas en la edad presente es un objeto de censura esta falta del rey, y una de las causas á que se atribuye la pérdida de Portugal en el reinado de su nieto. De todos modos era el rey de España demasiado español para pensar en vivir en ninguna parte que no fuese España. Madrid era su hechura: el monasterio del Escorial una de sus mas grandes ocupaciones, de sus mas agradables pasatiempos: vivir fuera de Madrid y del Escorial, no era vivir en su elemento.

CAPITULO LVI.

Continuacion del anterior.--Administracion de Felipe II en Portugal.--Le niegan la obediencia las islas Terceras.--Reconocen por rey á don Antonio.--Primera expedicion de los españoles sobre las Terceras.--Infructuosa.--Don Antonio en Francia.--Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.--Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.--Combate naval en que sale victorioso.--Vuelve á Lisboa.--Muere en esta capital el duque de Alba.--Regresa el rey á España.--Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.--Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceras.--Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal (1).

1581—1585.

A pesar de la impopularidad de la persona de Felipe II y de su gobierno en Portugal, no dejó de conducirse con moderacion, como un príncipe hábil que deseaba captarse la benevolencia de sus nuevos súbditos. Ya le hemos visto en Tomar dispensando diferentes gracias personales, ademas de la otorgacion de las que al todo de la nacion se referian. La misma conducta observó en Lisboa, mostrándose afable y accesible, llevando el deseo de hacerse grato á la nacion hasta el punto de vestirse con traje portugués en la mayor parte de las fiestas y solemnidades públicas. Tomó ademas providencias de buen gobierno, y como era un príncipe tan amante del orden y estricto observador de la justicia, se aplicó con celo á corregir varios abusos y males, unos que habian hecho hondas raices en el país, y otros que eran productos de los últimos disturbios. Creó una nueva audiencia en la provincia de Entre Duero y Miño, y se mostró muy solícito en hacer otros arreglos que varios ramos de la administracion pública exigian. Mas con to-

(1) Las mismas autoridades.
Tomo III.

dos estos cuidados y atenciones, con todo este celo que por el bien público mostraba, no podía curar la grave herida del amor propio de los portugueses, viéndose sujetos á la dominacion de un príncipe extranjero, y lo que era mas sensible, del soberano de Castilla. Conservaba muchos partidarios el duque de Braganza. Mas numerosos eran todavía los que echaban de menos la dominacion de don Antonio. Desterrado éste del país, se hacia tanto mas popular cuanto era objeto de proscripcion, hasta el punto de estar pregonada su cabeza por el rey católico. Por la vuelta de dicho personaje se hacian votos secretos en el país, sobre todo en Lisboa y en la provincia de Entre Duero y Miño, donde estaba muy arraigado su partido. Todos creian que la presencia del prior en Francia y sus relaciones con la reina de Inglaterra, le proporcionarían recursos para expeler al fin de Portugal al rey de España.

No se descuidaba en efecto don Antonio en interesar á su favor á las dos cortes de Inglaterra y Francia. En Ruan y en Diepa, donde alternativamente fijó su residencia, tuvo entrevistas con personajes de la primera distincion del país, y recibió muestras de benevolencia por parte del rey Enrique III y de su madre. De sus sentimientos, por lo menos equívocos hácia el rey de España, habian ya dado demasiados testimonios para que Felipe II necesitase de este nuevo. Sin rebozo alguno se alistaban tropas en Francia y acudian personas de distincion á servir bajo las banderas de don Antonio. En Inglaterra se hacian asimismo armamentos de igual especie en favor del mismo príncipe. Estaban destinadas todas estas tropas á las islas Terceras, donde se mantenía vivo el partido del prior de Crato.

De todos los dominios de la corona portuguesa eran las islas Terceras los solos que no habian querido reconocer la autoridad del rey de España. Como fueron en seguida teatro de una guerra, ocupan un lugar no despreciable en nuestra historia. Descubiertas á mediados del siglo XV por un príncipe de Portugal, se hallan

en el Océano Atlántico como á trescientas leguas al Occidente, y con la misma latitud sobre poco mas ó menos que la de Lisboa. Se dió á estas islas el nombre de *Azoras*, por el gran número de azores que en ellas se vieron cuando su descubrimiento, y tambien el de Terceras por el de una de ellas considerada como la principal, llamada Tercera á causa de haber sido la tercera descubierta. Se llaman las otras ocho, pues componen todas el número de nueve, San Miguel, Santa Maria, San Jorge, la Graciosa, Pico, Fayal, Flores y Cuervo. No es la Tercera la de mas extension de todas; pero se consideró siempre como su capital por su posicion central, por su mejor terreno, por ofrecer mejores puertos y puntos mas susceptibles de defensa. Sus tres pueblos principales son Angra, la Playa y el Fanal, todos puertos, siendo el primero la capital de las islas y el punto de residencia de sus gobernadores.

Ejercia esta autoridad en nombre de don Antonio, Cebrian de Figueredo, cuando la entrada del rey católico en Portugal; y á pesar de las órdenes que recibió del gobierno para poner las islas á la obediencia del rey, manifestó que no abandonaria jamás el pendon de don Antonio. Puso esta resistencia en grave cuidado al rey, no solo por la accion en sí, sino por el apoyo que encontraban las disposiciones hostiles del prior, en Francia: Se aguardaban ademas por aquel tiempo los galeones de las Indias Occidentales, y se temia que recalando en las Terceras como lo tenian de costumbre, fuesen cogidos por el gobernador á beneficio de don Antonio. Motivos eran de interés para que el rey pensase seriamente en ocupar á viva fuerza el país que le negaba la obediencia, cortando de raiz la guerra que le estaba preparando don Antonio desde Francia.

Salió, pues, de Lisboa el capitán Pedro Valdés al frente de algunas galeras, donde iban embarcados hasta seiscientos hombres, sin mas objeto por entonces que el de aguardar en las islas Terceras á dichos galeones

y avisarles de lo que pasaba. Se hizo á la vela Valdés; mas antes de llegar á las islas habían ya aportado á ellas los buques que aguardaba. No cayeron sin embargo en poder de Cebrian de Figueredo, porque recelosos los capitanes con las ofertas que les hizo de saltar á tierra, y habiendo hallado contradiccion en las noticias que acerca de Portugal les dieron, formaron sospechas de la mala fé de aquel gobernador, y sin detenerse en las costas prosiguieron el rumbo directamente á su destino.

Valdés que supo esta ocurrencia, no tuvo por conveniente desembarcar en la Tercera, tanto mas cuanto que aguardaba á Lope de Figueroa, que con mayor número de galeras y de tropas debia salir pronto de Lisboa para reforzarle. Mas un sobrino suyo llamado Diego Valdés, mozo de resolucion y de poca prudencia, le rogó encarecidamente le permitiese saltar á tierra con alguna gente escogida el 25 de julio, á fin de festejar dignamente el santo tutelar de España. Verificado el desembarco entre el puerto de la Playa y Angra, recorrieron los españoles el pais saqueando cuanto podian y haciendo otros estragos. Mas salió de Angra el gobernador Cebrian de Figueredo con tres mil hombres de á pie y cuatrocientos de á caballo, con cuya fuerza, aprovechándose del desorden de los españoles, los puso en derrota, obligándolos á reembarcarse con enorme pérdida, pues entre muertos y heridos tuvieron mas de trescientos hombres fuera de combate. Llegó pocos dias despues Lope de Figueroa, y tanto por el descalabro en que halló á Pedro Valdés, como por los nuevos preparativos que hacian en la Tercera para oponerse á un desembarco, como por lo avanzado ya de la estacion, que hace insegura la permanencia en aquellos mares borrascosos, tomaron los españoles la vuelta de Lisboa, sin que en todo aquel año se hiciese otra cosa contra las Terceras mas que prepararse para la próxima campaña.

Trató el rey de organizar los elementos de la expugnacion en toda forma. Se dieron órdenes al marqués de Santa

Cruz para que apresurase en Sevilla la construcción de galeras y el apresto del demas material que se considerase necesario. Se allegaron víveres y municiones. Se pusieron en movimiento hácia la costa dos tercios de infantería española que acababan de salir de Portugal, no creyéndolos de necesidad en aquel reino. Se nombró jefe de la expedicion naval al marqués de Santa Cruz, que ya pasaba entonces por el primer general de mar de España. A treinta y uno ascendia el número de buques mayores de que se compuso la escuadra, sin contar con buques de menor porte: á cinco mil el número de tropas de tierra españolas, formando dos tercios, uno á las órdenes de Lope de Figueroa, y otro á las de Francisco de Bobadilla. Ademas se embarcaron quinientos alemanes mandados por Lodron. No se puso en las galeras caballería de ninguna especie.

Mientras se preparaba esta expedicion se envió á don Fernando de Toledo á Oporto con fuerzas suficientes para contener aquel pais, donde con tantos partidarios contaba don Antonio. Tambien se envió á la isla de San Miguel, que no seguia su parcialidad, á Pedro Peixoto de Silva, quien se hizo á la vela con catorce galeras recién salidas de Guipúzcoa. Mientras preparaba Felipe II su expedicion, hacia lo mismo con la suya el prior, quien se trasladó á Burdeos con objeto de vigilar de mas cerca las operaciones. Hasta seis mil aventureros pudo reunir entre franceses é ingleses, no dejando de encontrarse entre ellos personas de suposicion, sobre todo de los primeros. No teniendo bastante confianza en el gobernador de la Tercera, Cebrian de Figueredo, por creérsele en visperas de venir á términos de acomodo con el rey de España, puso en lugar suyo á Manuel de Silva, por juzgarle de mayor resolucion y mas adhesion á su persona.

Casi al mismo tiempo se hicieron á la vela y con un mismo destino la expedicion española y la francesa. Salió de Lisboa el marqués de Santa Cruz el 10 de julio de 1582, y aunque no omitió diligencia alguna, llegaron

á la isla de San Miguel antes los franceses. Inmediatamente desembarcaron entregándose al pillaje. Salió en busca suya Pedro Peixoto á la cabeza de dos mil y quinientos hombres entre españoles y portugueses; mas los de esta última nacion no militaban de buena fé contra la parcialidad de don Antonio. Así lo hicieron ver cuando se encontraron con las tropas enemigas, tomando la fuga, dejando en la refriega solos á los españoles. Fueron éstos arrollados y puestos en la necesidad de refugiarse en el castillo. Los franceses victoriosos con don Antonio á la cabeza, se hicieron inmediatamente dueños de la ciudad, que entregaron al pillaje.

Intimó don Antonio la rendición al castillo, mandado entonces por don Lorenzo Noguera, aunque herido de resultas del último encuentro. Le hizo ofertas ventajosas si le entregaba aquella fortaleza de su pertenencia, amenazándole en caso contrario con todos los rigores de la guerra. Respondió el español, que perteneciendo todas las posesiones de Portugal al rey de España, no reconocía mas que á él por dueño de aquel fuerte, y que no le entregaría á ninguno aunque perdiese, por conservarse fiel, la última gota de su sangre.

Cuando en virtud de esta respuesta se prepararon los franceses al ataque del castillo, recibieron la noticia de la aproximación del marqués de Santa Cruz al frente de su escuadra. Con este motivo no pensaron mas que en volverse á embarcar, lo que verificaron inmediatamente, dejando abandonada su conquista.

Se hallaba el marqués de Santa Cruz á la cabeza de veinte y siete navios; y aunque estos eran en general de mas porte que los de la escuadra enemiga, llevaba ésta á la española gran ventaja en el número, pues ascendía á cerca de sesenta. Se hallaban en ella de jefes principales el conde Vimioso, general de don Antonio, el italiano Francisco Strozzi, general en jefe de la expedición, y el francés Brissac su segundo; todos hombres muy experimentados en la guerra. En cuanto á don Antonio, aunque hacia

parte de la expedición, como ya hemos visto, no mandaba en realidad, ni tomó parte activa en ninguna de sus operaciones. Sabían los franceses que el marqués de Santa Cruz no se habia dado á la vela con todas sus fuerzas navales, y que esperaba muchos buques que debían salir de Sevilla y de Ayamonte. Trataron, pues, de marchar en busca suya antes que se engrosase, segun era su esperanza. Las mismas noticias tenia el marqués de refuerzos que aguardaban los franceses; y de este modo, como trataban las dos escuadras de encontrarse, era ya inevitable la pelea.

Interpuestos los franceses entre la isla de San Miguel y el marqués de Santa Cruz, se hallaba éste en la mayor confusión sin saber lo que ocurría y habia ocurrido en dicha isla. Esto le animó mas á dar cuanto antes la batalla, para lograr su evacuación en caso de que los franceses la ocupasen, y de todos modos para apoyarse en ella y proporcionarse los refrescos que necesitaba.

Dos dias se buscaron las dos escuadras enemigas, y aunque se avistaron al fin, no emprendieron nada de importancia, sea porque no tuviesen el viento favorable, sea porque cada una de ellas, por medio de maniobras, tratase solo de proporcionarse esta ventaja. Al tercero se pusieron una en frente de otra, y pasaron todo el dia casi en inacción, contentándose con cañonearse mutuamente desde lejos.

El cuarto, que era el 25 de julio, dia de Santiago, de 1582, vinieron á las manos seriamente. Ya entonces se habia disminuido la escuadra del marqués, reduciéndose á veinte y cuatro navios, pues tres se habian perdido de vista, ó tal vez huidose, llevándose á bordo un gran número de tropas alemanas. Tomó sin embargo el general español todas las disposiciones que le cumplan, como entendido capitán de mar, empeñado en un lance muy serio, por la superioridad de las fuerzas del contrario. Dividió su pequeña escuadra en tres divisiones, y en su galera capitana, distribuyó por sí mismo los capita-

nes, tropa y artilleros que debian combatir en sus diversos puestos.

Eran cinco solos los navios del marqués, de un porte muy superior á los franceses, siendo el principal el llamado San Mateo. Habian estos desde un principio adoptado el plan de atacar separadamente cada uno de estos cinco buques, con cinco ó seis de los suyos, de modo que supliese esta superioridad la del mayor porte del contrario. A ejecutarse este plan con toda exactitud, hubiera sido fácil á la escuadra francesa envolver á la enemiga. Mas el marqués de Santa Cruz, que era un hombre muy hábil de mar, maniobró, de modo que cada uno de sus cinco buques grandes tuviese auxiliares que entretuviesen las fuerzas enemigas, á fin de desplegar su accion con toda su eficacia y maestría.

El combate se hizo general: jugaba al mismo tiempo toda la artillería de las dos escuadras. Cada buque atacó al contrario, aferrándose mutuamente por las proas ó por los costados, mientras los grandes buques del marqués se prevalian de las ventajas que les daba esta circunstancia. Fué acometida la capitana francesa y puesta en gran peligro; mas al fin fué socorrida por los suyos. Tambien estuvo en grandes apuros el San Mateo; por cinco veces se le vió arder, mas fué socorrido á tiempo por los capitanes Oquendo, Villaviciosa y Venesa, que se hallaban cerca. A bordo de la almiranta francesa llegaron á entrar los españoles, cuando acudiendo nuevas fuerzas de la primer nacion, se dió fin á la sangrienta refriega que se habia trabado á bordo, teniendo que retirarse los españoles con gran pérdida.

El marqués de Santa Cruz acudia á todas partes, tomando disposiciones como capitan, y peleando cuando llegaba la ocasion, como soldado. Por fin se trabaron por las proas las dos capitanas francesa y española, y se dió principio á un combate con arcabuces, con pistolas, con sables, y toda especie de armas, tanto de fuego como blancas. Fué tremendo el choque, y aunque los france-

ses pelearon con gran valor, vencieron los nuestros, penetrando como un torrente en la capitana enemiga, llevándolo todo á sangre y fuego. Mas de trescientos enemigos perecieron á bordo de este buque. En vano intentaron socorrerle los de su nacion. La capitana francesa cayó definitivamente en poder nuestro, y con esta presa importante, se decidió la victoria á favor de los españoles. Quedaron los buques de los franceses, unos echados á pique, otros cogidos, otros destrozados. Fué tanto el número de los que cayeron en nuestras manos, que no sabiendo qué hacer de ellos el marqués, tuvo que echar á pique la mayor parte.

Fué esta batalla una de las mas sangrientas y decisivas que se dieron en los mares. Pasaron de tres mil los franceses que perecieron en los diferentes abordajes. Hubo muchísimos heridos, contándose entre ellos los tres jefes conde de Vimioso, Strozzi y Brisac, que murieron muy pronto de los golpes recibidos. No fué muy grande el número de los prisioneros, en razon del excesivo de los muertos.

En cuanto á don Antonio, se mantuvo toda la jornada fuera de combate, donde ondeaba el estandarte de sus armas. Cuando vió la accion perdida, se dirigió á la Tercera para acudir á los medios de su defensa, pues presumia con razon que sobre esta isla volveria el marqués sus tropas victoriosas.

No se puede encarecer bastante el valor de nuestros jefes y oficiales que tan importante victoria alcanzaron, á pesar de ser tan inferiores en fuerzas á sus enemigos. Todos desplegaron grande bizarría, y los hombres de mar lucieron mucho su habilidad en las diversas maniobras á que dió lugar esta pelea tan reñida. Se distinguieron mucho don Francisco Bobadilla, don Lope de Figueroa; los capitanes don Miguel de Cardona, Cristobal de Paz, Pedro de Santillana, Juan Labastida, don Juan de Vivero, Juan de Bolanos, segundo comandante de artillería. No se debe omitir el nombre de Antonio de Sevilla, marino guipuzcoano de una nave de esta provincia, que se

apoderó del estandarte real de Francia, aunque á costa de un brazo que le llevó una bala de cañon, en el acto de perpetrar su hazaña.

Después de esta victoria, se trasladó el marqués de Santa Cruz á la isla de San Miguel, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, y como su libertador los de la parcialidad del rey; y con temor de castigos los de la contraria. Allí puso en tierra los heridos en número de doscientos, y acabó de destruir los buques cogidos á los franceses, por carecer de gente para tripularlos. En cuanto á los prisioneros, usó con ellos de un rigor tenido generalmente por excesiva crueldad, aunque el marqués alegó sus razones para justificar el acto. Cuando se aprestaba la expedicion en Francia, se quejó el embajador español á la corte, como de un acto de completa hostilidad al rey de España. Le fué contestado que no podia impedir la expedicion el rey, y que no eran los que la componian sus súbditos, que no debian ser tratados en caso de vencimiento sino como piratas. Como tales, pues, consideró el marqués de Santa Cruz sus prisioneros. Los dividió en dos trozos, colocando en uno la gente principal, que hizo degollar por mano del verdugo, haciendo colgar á los restantes, que pasaban de trescientos. Que no eran piratas verdaderos harto se sabia, como estaba harto patente la mala fé con que en este negocio procedia el rey de Francia. Mas convenia al marqués de Santa Cruz tomar este pretexto, y creyó servir los intereses del rey, tratando con tal rigor á extranjeros, que sin provocacion ni declaracion de guerra, venian á invadir sus posesiones. Se podia responder á esto, que dichos extranjeros eran soldados de don Antonio, quien, creyéndose con derecho á la corona de Portugal, la disputaba con las armas en la mano. Cualesquiera razones que se aleguen en pró del acto del marqués, no es posible su justificacion para los hombres imparciales. La verdad es que fué llevado muy á mal por sus mismos capitanes y oficiales, quienes alegaban con razon, que igual

suerte les cabria á ellos mismos si llegaban á verse prisioneros.

Entre tanto llegaron con felicidad, sin contratiempo alguno, los galeones de la India, cuya captura habia sido uno de los objetos de la expedicion de los ingleses y franceses. En Lisboa confirmaron las nuevas de la victoria del marqués, que habian llenado de satisfaccion al rey de España.

Mientras tanto tomaba don Antonio en la Tercera todas las disposiciones para recibir la visita del almirante español, que le parecia muy próxima. No se descuidó en efecto el marqués en dirigirse á la isla para reconocerla y tomar lengua, mas no con el objeto sério de invadirla. Se hallaba la estacion muy avanzada, y no le pareció cuerdo mantenerse en el mar, que en aquellos parajes se presenta sobrado embravecido. Tal vez no fué este el solo motivo de desistir por entonces de la expugnacion de la Tercera. De todos modos, en todo el mes de setiembre tomó la vuelta de Lisboa con sus naves victoriosas, dejando á don Antonio por entonces pacifico poseedor de una isla, á que estaban reducidos todos sus dominios.

Recibió Felipe II al marqués de Santa Cruz con todas las muestras de satisfaccion, y dispensó muchas mercedes á los oficiales é individuos de tropa que mas se habian distinguido en el combate, haciendo cuenta de que con otra expedicion al año siguiente, acabarian de expulsar de las Terceras á cuantos su autoridad desconocian.

Trataba en aquel tiempo el rey católico de restituirse á España; tal era la fuerte inclinacion que hacia Madrid y el monasterio de San Lorenzo le arrastraba. Mas al poner su proyecto en ejecucion, sobrevino la muerte de su hijo, el príncipe don Diego. No le pareció, pues, prudente salir de Lisboa antes de celebrar la jura del príncipe don Felipe, que fué su heredero, y era el cuarto y el último varon que hubo de doña Ana.

Un suceso ocurrió entonces de importancia en aquella capital, á saber: la muerte del famoso duque de Alba,